

Es el momento de aprovechar a T.R. Y renovar la tradición progresista.

POR JONATHAN ALTER



EL DERRAME DE BP NO sólo es un fracaso tecnológico, sino también ideológico. Ese petróleo fluye en el océano de la marea de la desregulación de los últimos 30 años. El presidente Obama tiene razón al comparar este fiasco con el 11/09. Si es capaz de enmarcar el mensaje más memorablemente de lo que lo hizo en su curso de la Sala Oval, Obama puede usar el mayor desastre ambiental de la historia estadounidense para acelerar la transición a una economía ecológica, justo como George W. Bush usó el terrorismo para rediseñar la política exterior. Para lograrlo, la “desregulación” — que alguna vez fue un llamado a las armas para los reaganitas— debe ser transformada en un epíteto. Si el Presidente no es capaz de poner en su lugar a organismos antigubernamentales como el Partido del Tè ahora, ¿cuándo lo hará? El legado de la tradición progresista estadounidense está en peligro.

La regulación de la industria en favor del interés público comenzó hace un siglo con Theodore Roosevelt. Fue el último presidente republicano que argumentó enérgicamente que el gobierno debía supervisar el libre mercado —pues, de no hacerlo, mataría a las personas. La ley de Alimentos y Medicamentos Puros de 1906, y el conjunto de reglas de salud y seguridad derivadas del incendio de la fábrica de Triangle Shirtwaist ocurrido en 1911, mostraron que la regulación podía salvar vidas. En el New Deal y en el período de posguerra, surgieron reglas en forma desordenada. Algunas de ellas, como la creación en 1970 del Organismo de Protección Ambiental (producto de un Congreso demócrata y el consentimiento del presidente Nixon), tuvieron un efecto positivo.

Por contraste, la regulación de la economía suele ser onerosa. A partir de la desregulación

de las industrias de transportación aérea y terrestre, los consumidores se beneficiaron de la relajación en las restricciones económicas. Pero entonces vino la era de Reagan, cuando los organismos reguladores estaban llenos de lacayos de la **industria**. El péndulo comenzó a ir demasiado lejos. Los demócratas de Clinton, impulsados por nuevas donaciones de campaña realizadas por empresas, contrajeron la fiebre desreguladora.

Esto resultó desastroso. Clinton protegió las reglas ambientales y de seguridad, pero secundó la idea del senador Phil Gramm de liberar a las instituciones financieras de una vigilancia significativa. Durante la presidencia de Bush, la desregulación quedó fuera de control. Dick Cheney convocó reuniones secretas sobre la energía que pusieron la regulación en manos de la **industria**. En 2002 informé que, durante su transición, Bush había asignado a un viejo amigo para entrevistar a los candidatos para el puesto de presidente de la Comisión Federal de Regulación de Energía. Un tipo llamado Ken Lay, de Enron.

Así que el derrame petrolero de BP, o algo parecido, era inevitable. Sin reguladores que exigieran medidas de seguridad poco rentables, previnieran los atajos y tuvieran planes de emergencia, las probabilidades de un desastre se dispararon.

No sólo fue que la oficina de Denver del Servicio de Dirección de Minerales haya dado un nuevo significado a la frase de “en la cama con la **industria**”. La supervisión por parte de todo el gobierno fue tan laxa que todas las empresas petroleras tenían planes de limpieza del Golfo idénticos y patéticos, que incluían referencias a morsas y otros mamíferos árticos que no se encuentran en el Golfo de México — y un teléfono para contratar a un experto en fauna que murió en 2005. El congreso, que desde hace tiempo se encuentra en el bolsillo de la **industria** del **gas** y el petróleo, limitó la responsabilidad en US\$75 millones,

La “desregulación” —que alguna vez fue un llamado a las armas de los reaganitas— debe ser transformada en un epíteto.



Fecha 06.07.2010	Sección Español	Página 13
----------------------------	---------------------------	---------------------

que equivale a la cuenta del bar en el club de golf para estos caballeros. Los más de 100 miembros republicanos del Congreso pertenecen a un comité que atacó el plan de Obama para hacer que BP estableciera una reserva de depósito de US\$20 mil millones.

Los conservadores han vuelto a salir con la idea de que las reglamentaciones sobre el medio ambiente y la energía acaban con los trabajos. Si les hubiéramos escuchado en la década de 1970, estaríamos viviendo en una letrina de contaminación. Y si les escuchamos ahora, y seguimos siendo adictos a los combustibles fósiles, nos perderemos las tecnologías de energía limpia que ya están cambiando al mundo. Lo que se juega en las boletas este otoño es el siglo XIX vs. el siglo XXI.

Si piensa que estoy exagerando, escuche a los republicanos. Glenn Beck piensa que el progresismo es "un cáncer" y que debemos regresar al capitalismo libre de trabas de la Edad de Oro. Rush Limbaugh y sus monigotes de Capitol Hill todavía se oponen a una regulación más severa y no renunciarán a su plataforma de "¡Perfora, nena, perfora!". Cuando Obama dijo que las peligrosas perforaciones en aguas profundas eran resultado de una falta de petróleo en aguas poco profundas, ellos culparon a los demócratas de impedir las perforaciones en la Plataforma Continental. En realidad, los estados como California y Florida —los estados cuyos derechos los conservadores afirman respetar en principio— han sido los más obstruccionistas.

El Presidente tuvo razón al no criticar agresivamente a BP hasta haber conseguido la reserva de responsabilidad. La clave es atacar la idea de la desregulación —y de que presionar a BP es un "robo", como afirmó el representante Joe Barton— sin una agresión amplia contra todas las empresas. Ahora es el momento de que Obama renueve algunas de las tradiciones progresistas más antiguas que han ayudado a engrandecer a Estados Unidos: agitar a las masas y regular en lo que, una vez más, debemos definir audazmente como el interés público.